

## La productividad de lo cotidiano y su quiebre ante la certeza de la finitud del ser.

Por Sergio Rojas

ssrojas@uc.cl

De forma coloquial, la cotidianidad se presenta como algo de lo que deberíamos salir. No sería raro leer en un afiche o escuchar en los medios de comunicación masivos alguna marca que busque asociarse a un “escape” de lo cotidiano. En esta línea, Humberto Giannini describe lo cotidiano como “eso que pasa cuando no pasa nada” (Giannini, 2004. p.29) como algo que existe entre hechos, como una fibra insípida que rellena el espacio resultante entre eventos importantes. Desde ese punto de vista tan habitual, la cotidianidad está asociada a la rutina, al día a día, la repetición, los hábitos y salir de aquello es propuesto como una aventura y algo que le entrega contenido e importancia a nuestra vida.

¿Pero, qué pasa cuando eso cotidiano y familiar se ve puesto en jaque?, ¿Es la cotidianidad algo de lo que prescindir? En estas líneas se intentará abarcar el concepto desde la aproximación a una definición conceptual, cómo es que nos ocurre y/o rodea la cotidianidad y su importancia experiencial. Al final se buscará ilustrar la exposición con una viñeta correspondiente a la interpretación personal de un caso de psicoterapia.

---

Siendo definida de esta manera – como lo que pasa cuando no pasa nada- vale la pena analizar la frase en cuestión. Giannini apunta sagazmente que el uso del verbo *pasar* puede significar tanto un *fluir*, es decir, algo que transita y se mueve por un lugar, como también un *acontecer* o algo que ocurre en un tiempo determinado. Cuando algo pasa, tanto ocurre como transita. En otras palabras, la cotidianidad y su pasar tienen un tiempo y un lugar y con esto un principio y un fin, mismas cualidades de un objeto en un plano cartesiano, sin ser la cotidianidad un objeto en sí.

En la tradición fenomenológica y ontológica del *ser*, se habla de éste como un arrojado. Se dice que el ser es arrojado al mundo y éste último, por su carácter infinito e indeterminado, se presenta como algo desconocido y hostil hasta ese momento. Bégout explica, que la cotidianidad

presupone un estado no cotidiano de nuestra existencia y que habría un momento original en la que ésta no estaba, cuando lo imperante era la sensación de miedo y angustia por parte del ser ante la multiplicidad de posibilidades y la inseguridad propia de sentir que el futuro no está asegurado. Lo define como si fuéramos *extranjeros en el mundo* y en esta condición lo que el mundo dice *no nos dice nada* a nosotros (Bégout, 2009) como si sin hablar mandarín de pronto nos viéramos teniendo que vivir y desenvolvemos en China, imposibilitados de comprender palabra alguna, ninguna letra y peor aún, ningún gesto. Sería para nuestro beneficio, que con el pasar del tiempo intentemos aprender el idioma local para poder relacionarnos. Parecido ocurriría con el mundo, pues también se hace imperioso para la permanencia del ser salir del estado original de existencia, dotarlo de coherencia y continuidad. Es un proceso en el que el ser se familiariza con el mundo y al cual Bégout llama *cotidianizar* (Bégout, 2009).

Volvámonos un momento y detengámonos en la idea de que, al parecer en un principio, el mundo *no dice nada* y notemos que, así también, en la definición de Gianini la cotidianidad ocurre cuando *no pasa nada*. En ambos casos aparece el uso de la idea de nada como aquello que no está. A priori, parece incompatible que el uso de la palabra nada esté presente y al mismo tiempo se niegue, tanto en la cotidianidad como en ese estado original de desconocimiento, indeterminación e infinitud de posibilidades, ya que, como vimos antes la cotidianidad vendría a instalarse una vez que se ve superado el estado original de desconocimiento del mundo y nos vemos familiarizados con él. Tal vez esto tenga relación con que, en la misma comprensión ontológica del ser, éste se ve expuesto a la pregunta por su existencia y la posibilidad de la nada como alternativa. Por lo que, si se piensa más profundamente, la idea de la nada estará presente tanto en la ausencia como en la presencia de la sensación de cotidianidad, pero con la salvedad de que, cuando el mundo no nos *dice* y no nos comunica *nada*, la posibilidad y la indeterminación se multiplican, mientras que cuando *no pasa nada*, ésta se ve reducida, entregándole así a nuestra relación con el mundo la forma de la certidumbre y la predecibilidad.

Eugen Fink en sus fenómenos fundamentales trata el tema del ser frente a la posibilidad de indeterminación ante la nada, aunque de una manera tal vez más elegante. Explica que ésta es, ante todo, una relación con la posibilidad del sin sentido a partir del entendimiento autorreferente de la finitud de la propia existencia.

“La dimensión del vacío abierta por la muerte es de una esencia completamente distinta de todo horizonte espacial o temporal. En ello consiste entonces el espanto desconcertante de la muerte para nosotros los vivientes; que se esconde tras una máscara y sabes que tras la máscara no hay ningún rostro” (Fink, 2011. p.104).

La finitud de la existencia, entendida como la muerte, se ve comprendida como la piedra angular del sin sentido y la indeterminación. Se podría formular como, si en cualquier momento puede cesar mi existencia, ¿Qué sentido tiene actuar?. La certeza de la muerte y la incertidumbre de su llegada aparecen como algo infranqueable, al menos de forma cabal; y como algo ante lo cual nos vemos pasmados, incapaces de definir y superar, precisamente porque la muerte no tiene rostro, si no un vacío, algo que es nada dentro de ella. El dejar de existir nos lleva a la dimensión inefable, inimaginable, ininteligible, de lo que no existe, de lo que *no es* y frente a lo cual no hay respuesta. Es el temor primordial y que desafía la realidad. Fink lo define como:

“La muerte interpela a cada individuo en su sí-mismo. Uno no puede escabullirse de ella, nunca otro puede morir en caso de uno. La muerte propia, al contrario de la muerte ajena, no puede ser para nosotros una vicisitud” (Fink, 2001 p.83).

Como bien dice, nuestra finitud no puede constituir una simple vicisitud en la experiencia del vivir. Luego irá más lejos y dirá que todo lo que sea digno de ser preguntado, será preguntado a partir de la comprensión no experiencial de que dejaremos de ser. Resulta en extremo poderoso vislumbrar que será sólo a partir de esta idea -la de la finitud del ser- que cuestionaremos y luego entenderemos algo sobre la materia que sea. Dicho de otro modo, sin el saber de que somos mortales no existiría la realidad humana, al menos no sería humana en los términos que conocemos.

Hasta aquí la indeterminación y el sin sentido de la muerte y la nada se han tratado como algo negativo, en cuanto no sería aún algo que produzca más que miedo y parálisis. A pesar de esto, nos podemos dar cuenta que en el mundo en que vivimos existen muchas cosas y que estas cosas han sido producidas por el mismo ser humano, lo que da cuenta de una u otra forma que ante la indeterminación no queda sólo la parálisis, pareciera haber una forma de poder actuar a pesar de la posibilidad del sin sentido. Tal vez la clave se encuentre en que justamente a partir de la incertidumbre es que tenemos que preguntarnos y al hacer esto ya estamos cayendo con o sin querer en una acción. Cercana a la conocida frase de Descartes “pienso luego existo”, pero no intentando justificar la certeza de nuestra existencia por el hecho de pensar, sino que, entendiendo el hecho de preguntarse no sólo como un acto mental, sino que como una respuesta positiva, en tanto activa y productora, ante el temor de la indeterminación.

Nuavemente Fink logra iluminar lo que parece oscuro e incomprensible:

“la significancia filosófica de la muerte considera ahora en la profunda fractura de la comprensión habitual del ser... la

certidumbre del ser pasa a ser cuestionable (Fink, 2011 p.100) .

Y continúa:

“pero siempre repercute la muerte en la vida de los hombres en tanto poseedora y configuradora de sentido, y exigiendo desde su incomprendibilidad el querer saber” (Fink, 2011. p.113).

Este querer saber siempre se mantendrá como una intención o disposición y nunca como algo realmente alcanzable, pues, bien sabe la filosofía que la pregunta nunca se ve agotada en su completitud y a pesar de esto, es una disposición de nosotros los humanos el de acercarnos a las cosas a través de la curiosidad y así lograr familiarizarnos con el mundo. Se podría decir que por nuestra inquietud conocemos el mundo y en este proceso lo *cotidianizamos*. Al menos esta es la forma que Bégout encuentra para aproximarse a la superación de la estupefacción frente a la nada.

Dirá:

“En la cotidianización hay una especie de pillería, de trampa, de astucia, porque debe disimular el miedo originario ante la indeterminación y contingencia del mundo” (En Santos, J. 2014).

Resulta curioso comprender la cotidianidad como un proceso de cotidianización, es decir, como algo que se hace frente a la indeterminación. Y es aún más curioso que esta misma revista una “pillería” o “trampa”, ya que, de alguna manera quiere decir que el cotidianizar la existencia implica hacer una ficción entorno a ésta. Esto debido a que ¿qué podría constituir una pillería o trampa si no un engaño o algo que resultaría de una u otra forma en una realidad no completamente real? No quiere decir que sea una mentira per sé y se acerca fielmente a la idea de Ricour del humano como alguien frágil. Cristóbal Holzapfel habla de esto en su libro *Ser-humano*, cuando explicando la concepción del autor francés ya mencionado, explica que la identidad humana es una identidad narrativa. La configuración del “yo”, o de eso objetivable de cada ser, se enmarca en el contar un relato de sí-mismo. Tal vez se pueda pensar el mito, por ejemplo, como un esfuerzo pictórico por comprender la existencia a partir de una historia configuradora de sentido frente al sin sentido.

Por lo anterior, es que se trata de una pillería que no es una mentira, sin embargo contiene ribetes de ficción, pues tampoco es una realidad externa al ser y que pueda ser comprendida en ausencia de éste. Sería, en cambio, una característica única y al mismo tiempo constitutiva del ser. El poder contarse y de esta forma explicarse su propia existencia para así, aunque sea de manera temporal, salvarse del terror y la parálisis ante la indeterminación de la nada. Se comprende así, que

a pesar de un inicio incierto, se logra gracias a la instalación de la cotidianidad a través de la cotidianización de la existencia llenar el vacío inicial. En Fink sería tal el proceso de llenar algo que de otra forma estaría vacío, que postulará que en la realidad no hay vacíos: “si una cosa desaparece no queda un lugar vacío, de inmediato se instala ahí otra cosa. La realidad carece de lugares vacíos” (Fink, 2011 p.103). Nuestra comprensión cotidiana del mundo, aquel tiempo en el que no nos sentimos aquejados por la incertidumbre sería el espacio experiencial en el que podemos desenvolvernos productivamente, ya que aquel que deposita eso que se instala cuando lo otro desaparece es precisamente el ser, que dejando de lado su miedo a la indeterminación ubica algo en el vacío. La realidad se vuelve una totalidad o en palabras de Lefebvre:

“La vida cotidiana está profundamente relacionada con todas las actividades, las engloba con todas sus diferencias y sus conflictos; es su punto de encuentro, su vínculo, su terreno común. Y es en la vida cotidiana donde toma forma y se configura la suma total de las relaciones que hacen de lo humano -y a cada ser humano- un todo. En ella se expresan y realizan aquellas relaciones que ponen en juego la totalidad de lo real, aunque de cierta manera siempre parcial e incompleta.” (En Goonewardena, 2001. p. 9).

La cotidianidad se transforma en un bello oxímoron. Totalidad incompleta, ficción verdadera que posibilita al ser habitar el mundo inicialmente hostil y ajeno, para volverlo conocido y familiar, al menos en su apariencia y hasta que su máscara ocultadora de la *nada* vuelva a inquietarnos y a recordarnos que hay una alternativa a la realidad en el sin sentido, en la finitud y condición perecedera de las cosas y de nuestra existencia. Que somos por un determinado espacio de tiempo, donde podemos instalar a la cotidianidad como si siempre fuera un mañana y no un hoy, el día en que no seamos más.

### **Viñeta clínica de la irrupción del espacio de la cotidianidad.**

La inclusión de este apartado responde a dos motivaciones. La primera, como una forma de graficar lo ya expuesto, a decir, la relación entre la cotidianidad, como aspecto productivo y necesario para el ser humano; y la muerte, como fenómeno fracturante de ésta. La segunda, por el simple deseo de compartir la sensación sacra y profunda del presenciar y acompañar a alguien en un relato de fragilidad e incertidumbre.

\* Para cuidar la confidencialidad del paciente, algunos datos serán cambiados sin perjuicio de la importancia de fondo de la historia.

Alberto es un hombre de algo más que 60 años. Ha trabajado toda su vida con una sensación de satisfacción por su labor. Paralelamente ha formado un matrimonio y una familia que describe con felicidad y de la que se siente una parte fundamental. Se describe como un pilar y un líder tanto para sus familiares como para la gente con que trabaja y pareciera ser que el verse a sí mismo como un referente y apoyo para los demás, le ha entregado a lo largo de su vida una sensación de éxito a partir de lograr una tarea difícil y diaria, pues ha implicado un esfuerzo constante durante toda su vida.

De cierta manera se desprende de él una mueca de perplejidad cuando tiene que explicar lo que le sucede. Como si no lograra, ante todo este éxito y satisfacción, concebir que aún así sufre y de tal forma que incluso su cuerpo se rebela ante su voluntad. Esto en la forma de un profundo pánico, difícil de poner en palabras y que viene acompañado de temblores, taquicardias y un llanto que lo deja sin tener algo que decir más que sus lágrimas. Cuando se ha sentido así, ha sido en momentos en compañía de otros, como su esposa y uno de sus hijos, cuando la presencia de éstos ha funcionado como un catalizador desde la angustia al llanto, ubicando al otrora líder y pilar de los demás, con la sensación de un niño temeroso e indefenso.

En un comienzo rastrea el inicio de este malestar desde hace unos 4 años y a raíz de un problema médico de riesgo inicial moderado, que se ve de pronto magnificado por el agravamiento de su condición, teniendo que ser intervenido de urgencia. Luego de un mes hospitalizado y con cierto grado de ignorancia frente a toda la gravedad de lo ocurrido, visita a un médico que al final de la entrevista pronuncia una frase que se tatúa en su mente. Al despedirse, el médico le dice “usted debería estar muerto”. Alberto queda descolocado y le responde con una mueca. Con el transcurso de las horas y luego de los días se siente constantemente intranquilo y sin poder descansar, pues hasta su sueño se ve arruinado con el constante repetir mental de la fatídica frase.

Comienza a pensar que esto no tenía que ver con él y que el error era del doctor y un manejo deficiente de la situación con un paciente, pero no vuelve así su tranquilidad. Con el pasar del tiempo la pesadumbre inicial se apacigua, pero nunca desaparece del todo. Cansado, decide consultar con un psicólogo y es ahí cuando lo conoce.

Como dije antes, se ve en él cierta impotencia por sentirse frágil, cuando siempre ha creído ser fuerte. Manifiesta que esa sería la descripción que los demás, especialmente sus hijos, darían de él. Como alguien sereno, centrado, capaz de solucionar los problemas de sus cercanos y por sobre

todo seguro de las cosas. Siente que esto que le pasa, aunque propio, ya que, es su cuerpo el que se manifiesta, es algo extraño. La frase del doctor toma un cariz de misterio, como si fuera una sentencia que no se cumplió. “Usted *debería* estar muerto”, sin embargo, está vivo.

Dice que parece creer que le tiene pavor a la muerte, a pesar de ser un hombre de fé. No sabe con certeza qué aspecto del morir es lo que le aterriza e intranquiliza. De a poco y al hablar de su muerte, su “obra” -familia, trabajo, etc se ve relativizada. De alguna manera siente que está solo en esto y que nadie lo puede comprender. Nadie sabe cuánto le duele saber que perderá su vida algún día.

Con esto, los temblores y el malestar ha comenzado a teñir sus días. Su mundo cotidiano se ve invadido por una sensación intermitente de inseguridad que llega sin anuncio. Pareciera no tener causa, más allá de la frase del doctor, como si en cualquier momento volvieran a decirle que en realidad no debería estar vivo, sino muerto.

Comenzamos a hablar de otros aspectos de su vida. Revisamos momentos y figuras importantes de su biografía. Especial importancia toma la imagen que entrega de su padre. Dice que de pequeño le tenía miedo. Para los ojos de un niño, era un hombre enorme en presencia. Lo describe como autoritario, de mal carácter, de pocas palabras, elegante, prolijo y trabajador. Dice que no se atrevía a hablarle, pero que lo observaba con asombro. Se nota una profunda admiración y respeto.

Cuando cumple los 18 años decide trabajar en el mismo rubro del padre. Al comunicárselo, éste se enfurece y le dice que “con un huevón basta en la familia”. Alberto explica que su padre era un hombre muy inteligente, pero que por asuntos de cuna y oportunidades, no pudo desarrollarse en un ámbito laboral importante y que habría sido eso una frustración en su vida. De todas formas, decide continuar en su plan, prometiéndole que una vez terminada su formación pondrá a la disposición de su padre su futuro. A los dos años y ya a punto de egresar de sus estudios, vuelven a conversar. Éste emocionado de ver que su hijo lograba las mayores distinciones entre sus pares le invita por primera vez un cigarro. Se parece a una especie de aceptación en el mundo de los hombres grandes y el inicio de una vida de tranquilidad.

A partir de ahí, Alberto continuó logrando distinciones y un ascenso meteórico. De cierta forma y con pudor, reconoce que superó a su padre profesionalmente y que éste estuvo orgulloso de esto hasta el día en que murió. Nos detenemos en el momento de la muerte de éste. Cuenta que no

vivían en la misma ciudad y un domingo en la noche recibe la llamada de un hermano diciéndole que su padre estaba muy grave y que tal vez no le quedaban muchas horas de vida. Inmediatamente Alberto toma un bus para poder llegar en la mañana a despedirse. Sorpresivamente recuerda que aquella fue la primera vez que sufre una de las ya usuales crisis de pánico. El verse enfrentado ante el inminente cese de la existencia de su padre desconfigura su contexto. Se recuerda de pronto remecido en una situación otras veces normal. Un bus que solía tomar cuando viajaba, lleno de gente durmiendo en tranquilidad, sin embargo se ve a él mismo sacado de sí, como si fuera a perder el control mientras que los que lo rodean continúan en completa normalidad.

En cierto aspecto, el recordar ese episodio le trajo alivio. Como si el darse de cuenta que lo que le ocurría en el presente también había acontecido en un pasado ya olvidado fuera aliciente de algo. Me veo a mi mismo sorprendido de que efectivamente Alberto hubiera olvidado la fragilidad que sintió con la muerte de su padre. Luego leyendo a Fink encuentro sentido cuando éste dice que “los fenómenos se encuentran ocultos bajo la interpretación cotidiana” (Fink, 2011. p.42). Ciertamente que el olvido estaba relacionado con la retirada de la sensación de fragilidad ante la finitud de su padre y el regreso de su cotidianidad llena de sentido, en la que podía ser un líder, un referente, una ayuda para otros, etc.

Ahora, ante la noticia y pronunciamiento de su propia muerte volvía el temor y la fragilidad. Se siente como un niño indefenso ante su propio fin, pero al mismo tiempo busca en el mundo respuestas. Esta vez su búsqueda lo lleva a consultar en una terapia las cosas que lo aquejan. Le logro devolver que su fragilidad se ha vuelto productiva, en cuanto él mismo se ve en la situación, a ratos forzada, de detenerse y devolverle sentido a algo que parece perderlo. Sin quererlo y gracias a mis conversaciones con él voy pensando en mi propia finitud y sin-sentido, con la diferencia que la distancia me protege de la angustia extrema, dejando así un asombro movilizador y excitante propio del que descubre. Como si en el presenciar el quiebre de una cotidianidad se descubriera ante mí el secreto alquímico de los elementos. Siento al conversar con él de su muerte, la esperanza de que entrega la compañía y la similitud. Creo que ambos nos vemos mutuamente como un otro diferente, pero con el cual se comparte algo difícil de aprehender y de poner en palabras. En nuestra condición compartida de mortales podemos acompañarnos hasta cierto lugar en la soledad de pensar que es cada sí mismo el único que deja de vivir la vida que vive.



## Bibliografía

Bégout, Bruce. “*La potencia discreta de lo cotidiano*”, Patricio Mena Malet y Enoc Muñoz, (trads.) *Persona y Sociedad*, N° XXIII-1, (2009):9-20.

Fink, Eugen. *Grundphänomene des menschlichen Daseins* (Fenómenos fundamentales de la existencia humana), Edit. Karl Alber, Friburgo, Alemania, 1995. En su versión traducida al español por Cristóbal Holzapfel, con la asesoría de Diego Sanhueza, Miguel Pefaur, Edgar Barkenmeyer, Carlos Calvo y Gonzalo Parra. 2011.

Giannini, Humberto. *La “reflexión” cotidiana*. Editorial Universitaria, 6ta edición. 2004.

Goonewardena, Kanishka. *Henri Lefebvre y la revolución de la vida cotidiana, la ciudad y el Estado*. The urban sensorium. Septiembre 2011

Holzapel, Cristóbal. *Ser-humano*. Cinta de Moebio ediciones, 2014.

Santos, José. *Cotidianidad. Trazos para una conceptualización filosófica*. Revista Alpha. N°34. p.